

ENSAYO *

IGNACIO BOLIVAR Y URRUTIA

Por Rafael Alvarado Ballester

Catedrático de Zoología en la Facultad de Biología de la Universidad Complutense de Madrid y ex-Decano de su Facultad de Ciencias (1971-1975). Miembro de Número de la Real Academia Española. Miembro (1961) y Vicepresidente (1983-1988) de la Comisión Internacional de Nomenclatura Zoológica.



Esta nota biográfica podría titularse también «la historia de un siglo de zoología en España», pues, en efecto, la vida de Bolívar, que nace en Madrid el 9 de noviembre de 1850 y muere en México, en la capital federal, el 21 de noviembre de 1944 —recién cumplidos los 94 años—, abarca un dilatado período de casi cien años. Durante ese lapso de tiempo las ciencias zoológicas —y no solamente ellas, sino todas las ciencias naturales en general— conocen en nuestro país una época de auge, de renovación en su estudio y de florecimiento de las investigaciones naturalísticas, que puede ser calificado de auténtico renacimiento.

Mi aserto no es simple recurso retórico ni suposición exagerada. Puede ser comprobado documentalmente por el estudio bibliográfico y crítico de las publicaciones que, primero en sus *Anales* (1871-1900) y luego en su *Boletín* (1901-1936), recoge la

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa, la Literatura y la Cultura en las Autonomías. El tema desarrollado actualmente es «Ciencia moderna: pioneros españoles».

En números anteriores se han publicado los Ensayos dedicados a Severo Ochoa, por David Vázquez Martínez; a Blas Cabrera Felipe (1878-1945), por su hijo, el profesor Nicolás Cabrera; a Julio Rey Pastor, matemático, por Sixto Ríos García, catedrático de la Universidad Complutense; a Leonardo Torres Quevedo, por José García Santesmases, catedrático de Física Industrial y académico de número de la Real Academia

Sociedad Española de Historia Natural, dadas a la imprenta por un selecto plantel de investigadores. Están, además, otras series científicas bien nutridas, como son los *Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales*, en los que, en el primer cuarto de este siglo, se van a imprimir trabajos científicos de importancia; amén de las publicaciones de los cinco o seis primeros volúmenes de la antigua Sociedad de Biología, de las que se hizo cargo la de Historia Natural hacia 1930; sumemos a todo ello lo editado por el Jardín Botánico, los trabajos de la revista entomológica *EOS* y numerosos libros, monografías y otras obras diversas de tantos y tantos naturalistas de esos años.

No es el único Bolívar, ciertamente, pero es su capacidad y su impulso el motor principal que hacen «modernas», es decir de primera fila en su época, las tareas investigadoras de los naturalistas españoles; ellos serán, directa o indirectamente, discípulos, seguidores o acompañantes del gran entomólogo.

Los que conocieron a Bolívar —yo apenas le recuerdo (hacia 1934), a la distancia de mis diez años, cuando él era ya un venerable, vivaz y fuerte anciano de más de ochenta— hablan de su figura afable, pero también imponente, que infatigable acudía, a diario, al Museo Nacional de Ciencias Naturales, que era «su Museo».

Dicho centro fue, hasta hace no mucho, escuela de innumerables generaciones de naturalistas, puesto que en él estaban instalados laboratorios de investigación, de zoología y geología, las cátedras universitarias de esas materias (las de botánica estaban en el Real Jardín Botánico) y la Sociedad Española de Historia Natural. Allí, austeramente, pero con entusiasmo, desarrolló Bolívar su ingente labor investigadora y docente.

▷ de Ciencias; a *Jorge Juan y Santacilia*, por Juan Vernet Ginés, catedrático de árabe de la Universidad Central de Barcelona; a *Cajal y la estructura del sistema nervioso*, por José María López Piñero, catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia; a *Gaspar Casal (1680-1759)*, por Pedro Laín Entralgo, director de la Academia Española y catedrático jubilado de Historia de la Medicina de la Universidad Complutense; a *Don Lucas Mallada, pionero de la Geología Española*, por Eduardo Alastrué y Castillo, catedrático jubilado de la Facultad de Ciencias Geológicas de la Universidad Complutense; a *Andrés Manuel del Río, químico y geólogo*, por Eugenio Portela Marco, profesor de la Universidad de Valencia; a *Isidoro de Antillón (1778-1814)*, por Horacio Capel Sáez, catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona; a *La personalidad científica de Tomás Vicente Tosca (1651-1723)*, por Víctor Navarro Brotóns, profesor titular de Historia de la Ciencia de la Universidad de Valencia; a *Pascual Madoz*, por Miguel Artola Gallego, catedrático de Historia Contemporánea de España de la Universidad Autónoma de Madrid; a *José Celestino Mutis (1732-1808)*, por Thomas F. Glick, catedrático de Historia y Geografía de la Universidad de Boston; a *Agustín de Betancourt (1758-1824)*, por Antonio Rumeu de Armas, director de la Real Academia de la Historia; a *Lanz, el sabio romántico*, por José A. García-Diego, ingeniero e historiador; a *Miguel Catalán*, por Diego Catalán, director del Instituto Universitario Interfacultativo «Seminario Menéndez Pidal», de la Universidad Complutense; y a *A. J. Cavanilles, naturalista de la Ilustración (1745-1804)*, por Vicenç M. Rosselló, catedrático de Geografía Física de la Universidad de Valencia.

Sus discípulos y colegas más jóvenes siempre se refirieron y se dirigieron a él con el cordial pero también respetuoso tratamiento de «don Ignacio»; por su parte, él a ninguno, salvo rarísimas excepciones, tuteó —*tú* y *usted* estaban, en aquellos tiempos, separados por fosos casi insalvables—. Creo que sólo conozco a un alumno al que don Ignacio haya llamado de *tú*; se trata de mi querido amigo, ya jubilado, Eugenio Morales Agacino, directo y predilecto continuador de la obra ortopterológica del maestro.

Si en la presente nota suprimo el «don», con cuyo tratamiento también me he referido siempre a Bolívar, es, sobre todo, por su prócer figura, que, al agigantarse con el tiempo, ha pasado ya, por propio derecho, a la historia de la zoología, y no únicamente a la de la entomología, cultivada por él con tanto éxito. Sin asomo de hipérbole, podríamos considerar a nuestro biografiado en la nómina de los grandes sabios de todos los tiempos. De hecho todos los naturalistas, como pone de manifiesto M. Cazorro en la biografía más completa que tenemos de Bolívar, fueron de él epígonos que jalonaron los avances de las ciencias naturales en España, desde 1870 hasta 1935, en cuya fecha alcanzó su cenit la obra bolivariana, al organizar con gran éxito y presidir un Congreso Internacional de Entomología que concentró en Madrid a los más reputados entomólogos del mundo.

En la vida de trabajos relevantes, honores y gloria científica del profesor Bolívar hay un instante germinal del que es obligado partir. Estamos a 15 de marzo de 1871, cuya fecha es la de la firma del acta de constitución de la hoy más que centenaria Sociedad Española de Historia Natural, que desde el decreto de 3 de julio de 1903, bajo la rúbrica del ministro de Instrucción Pública, señor Allendesalazar, se honra con el título de Real.

El joven Bolívar, cuando se constituyó la Sociedad, era alumno-ayudante del Museo Nacional de Ciencias Naturales y también de la Universidad. Signa el acta fundacional, entre otros, el botánico Colmeiro, que es nombrado presidente; elegirán como tesorero al banquero Uhagón, y como secretario, al malacólogo Joaquín González Hidalgo, que sería más tarde catedrático de invertebrados («animales inferiores y moluscos» se llamaba en aquel entonces la tal cátedra), pero a la sazón ejercía como médico. Fue Bolívar pieza principal de la Sociedad.

Esto lo describió, muy acertadamente, Eduardo Hernández-Pacheco con motivo de los actos conmemorativos del septuagésimo quinto aniversario de la fundación de la Real Sociedad Española de Historia Natural, que se transformó, espontáneamente, en un homenaje a Bolívar, último de sus socios fundadores, falle-

cido poco antes, y que por muy poco no alcanzó la efeméride. Dice Pacheco: «el secretario era médico muy atareado. Uhagón, falto de tiempo, dedicaba sus descansos a la entomología; a Colmeiro le absorbía el tiempo la docencia y los estudios botánicos. Bolívar, con la confianza y el apoyo de los tres, era quien realizaba el trabajo administrativo. Más tarde fue nombrado tesorero y siguió ocupándose siempre de la marcha de la Corporación, a modo de gerente de empresa, gestor editorial y de lo administrativo, al cuidado de lo general y del detalle».

Con su actividad al frente de la Sociedad recién fundada y sus trabajos científicos en el Museo alcanzó Bolívar gran prestigio. Muy pronto obtendría, mediante oposición, la Cátedra de Zoología de Artrópodos (Entomología) en la Facultad de Ciencias de Madrid, llamada entonces Central. Corría el año 1877. Desde la Cátedra, durante más de cuarenta años, desarrolló su magisterio, con lecciones de gran calidad, que tuvieron en común con las de la mayoría de los profesores de la época la característica de estar al día.

Conservo los cuadernos de apuntes que mi padre y maestro, el profesor Salustio Alvarado, guardaba de sus años universitarios, cursada su carrera en Valencia, el preparatorio en Barcelona y en Madrid. Esos cuadernos, de letra menuda, equilibrada y clarísima, constituyen un cuerpo de doctrina que para la época (1914-1918) es, sencillamente, perfecto; completísimo el curso de zoología de artrópodos que desarrolló Ignacio Bolívar para sus alumnos de aquellos tiempos.

Pero el auge de los estudios de ciencias naturales en España, en los años que median entre 1870 y 1930, no procede sólo del mérito, grandísimo e indudable, de aquellos eminentes profesores, entre los cuales Bolívar ocupa un lugar destacadísimo por sus dotes de organizador y la energía que despliega. Hay, además, una serie de circunstancias favorables, que en todos los órdenes de la vida intelectual y cultural española originan una verdadera renovación, que se refleja en varia facetas. El florecimiento deslumbrante de personalidades señeras es patente

Esto, en líneas generales, queda definido en dos etapas u oleadas culturales, por decirlo así. La primera se extiende entre 1875 y 1895, cuando con la restauración borbónica sobreviene un clima de esperanza y estabilidad política nacional, que, pese a todos los avatares, verá en la universidad, entre otras, figuras como Bolívar, Ramón y Cajal o Menéndez y Pelayo; van a dejar una larga estela de discípulos extraordinarios que llenarán las facultades españolas de excelentes maestros. En la segunda se llegará incluso a superar el clima de pesimismo generalizado pro-

vocado en la sociedad española por el desastre colonial («generación del 98»), por las guerras con Marruecos y por otros problemas de índole política, y se va a extender, más o menos, entre 1905 y 1935.

Naturalmente, no pretendo presentar un panorama completo de ese amplio abanico cultural (plumas más expertas que la mía, singularmente las de Pedro Laín y Julián Marías, lo han hecho sobradamente) y voy a ceñirme únicamente a lo que se refiere al desarrollo de las ciencias naturales y, en particular, a la zoología. Creo que en ese terreno restringido van a poderse marcar muy bien las dos etapas que he señalado, que corresponden al Bolívar joven y adulto, en su primera época, hasta sus cincuenta años, y a la del hombre maduro y anciano, entre sus cincuenta y sus ochenta y cinco (1901-1935), cuando alcanza la cumbre de su gloria y de su carrera: académico de la de Ciencias (1915) y luego de la Española (1931), Medalla Echegaray, consejero de Instrucción Pública, Director del Museo Nacional de Ciencias Naturales, consultor de la Comisión Internacional de Nomenclatura Zoológica, aunque de hecho no llegara a ser miembro numérico de la misma; Presidente Honorario de la Real Sociedad Española de Historia Natural, que él había contribuido a fundar.

Con nuestra terrible guerra civil le tocó vivir, seguramente por culpas no propias o por motivos ajenos a su figura y labor como científico, el exilio y la muerte lejos de la patria.

BOLIVAR Y LA ZOOLOGIA ENTRE 1870 Y 1900

Por imposición familiar, Bolívar cursó estudios de Derecho al mismo tiempo que los de Ciencias Naturales, pero, llevado de su afición, abandonó pronto los primeros para consagrarse exclusivamente a los segundos. Influidor por un modesto y excelente profesor, el zoólogo Laureano Pérez Arcas, reputado especialista de coleópteros, se inició Bolívar en la entomología. Cultivaría esa rama zoológica con ahínco, para destacar, sobre todo, en el estudio de los ortópteros.

Con gran empuje terminó su licenciatura en 1873, se doctoró en 1874. Al año siguiente ganaba por oposición una plaza de ayudante de zoología en el Museo, y en 1877, la de catedrático de Entomología en la Universidad. La cátedra de Entomología que obtuvo Bolívar, también por oposición, procedía del desdoblamiento de la que fue *Cátedra de Zoología de Invertebrados*, que se fundó en la Universidad de Madrid y que, desde 1839 hasta su fallecimiento (1882), desempeñó el médico y malacólogo

Lucas Tornos. Este se avino, en favor de Bolívar, a que esa cátedra única quedara escindida en dos, la de «Articulados» y la de «Moluscos y animales inferiores», quedando Tornos a cargo de esta última.

Para los naturalistas, el Museo y la Universidad estaban íntimamente unidos, lo cual ha constituido una rémora, en opinión de muchos, para ambas instituciones. Volveremos a hablar de este asunto más adelante. Así fue cómo Bolívar, con su cargo de Ayudante en el Museo y Catedrático en la Universidad, tuvo en sus manos amplias posibilidades para tareas de investigación propias y de otros colegas, amén de la capacidad de influir en los planes de estudio y contribuir a renovarlos, según hizo.

Desgraciadamente, como señalan tanto Cazurro como Barreiro, el Museo, desde la época primera de florecimiento, cuando se fundó, en tiempos de Carlos III, había sufrido avatares diversos y un empobrecimiento institucional generalizado por falta de medios, y así podemos decir que ha seguido hasta nuestros días. Estaba mal instalado en lo que eran entonces dependencias del Ministerio de Hacienda y es hoy Real Academia de Bellas Artes, en la calle de Alcalá, en su embocadura con la Puerta del Sol.

Pese a lo inadecuado de los locales que ocupaba y a lo escaso de su presupuesto, Bolívar, con sus compañeros Martínez Sáez, Quiroga y otros de sucesivas generaciones que se incorporaron a la tarea, movidos por el entusiasmo de aquellos beneméritos naturalistas, enriquecieron al Museo con incontables ejemplares de especies animales, de minerales y de rocas, no sólo de España, pues también se exploraron territorios norteafricanos y del Golfo de Guinea.

Los Anales de la Sociedad de Historia Natural contribuyeron a la difusión impresa de los trabajos de investigación correspondientes y al crédito internacional de sus autores.

También apoyó Bolívar con gran interés los trabajos de Augusto González de Linares cuando éste fundó la Estación de Biología Marina de Santander, que fue el primer centro de esta naturaleza que hubo en España y uno de los primeros que se crearon en Europa. Desde muy pronto, y gracias al prestigio de Bolívar, se procuró que este centro se relacionara con otros similares y, singularmente, con la famosa *Stazione Zoologica* de Nápoles.

El final de esa su primera etapa vital, y justamente en 1894, fue una época dura para Bolívar. El citado año morían el zoólogo Laureano Pérez Arcas, su maestro tan querido, y Francisco Quiroga, el compañero entrañable de muchos años, de la época en que hicieron ambos tanto por la investigación naturalística y la

enseñanza de esas ciencias en España. También fue motivo de dolor e intensa preocupación la Real Orden de 25 de septiembre, publicada en la *Gaceta* del 28, que disponía textualmente: «*que, aprovechando los días que faltan para reanudar las clases (esto es, el 1.º de octubre de 1894), se verifique con toda rapidez el traslado de los objetos que existen en el Museo al Palacio de Recoletos*». No cabía mayor monstruosidad que la de ordenar el traslado de un Museo, que era importante en Europa, con tal premura de tiempo; el nivel de ignorancia e incultura del ministro que firmó tal orden es patente.

Del antiguo edificio del Museo, no muy adecuado, pero al menos digno, se iba a pasar a un noble edificio, el del Palacio de Recoletos (que es el de la Biblioteca Nacional y Museo Arqueológico), ¡pero a los sótanos! No había allí ni luz bastante para las salas de exposición al público, y todavía menos para los laboratorios de investigación.

El espacio era notoriamente insuficiente. La magna obra de Carlos III era destruida por las necesidades burocráticas de sucesivos ministros de la Hacienda Pública, cuyas ansias recaudatorias han continuado, desde aquella época hasta nuestros días, con ritmo y voracidad crecientes. El vetusto edificio, hoy recuperado, afortunadamente, para Academia de Bellas Artes, cedía su noble destino. El Museo quedaba, de hecho, destruido.

El hermoso lema latino que aún luce el edificio, «*Carolus III Rex - Naturam et Artem sub uno tecto - In publica utilitatem consociavit*», lo recoge E. Hernández-Pacheco en el extenso prólogo a la *Historia del Museo de Ciencias Naturales*, obra póstuma del agustino Barreiro (Madrid, 1944).

En efecto, no sólo era obligado el traslado; es que éste, por orden tan perentoria, se hacía en condiciones de tiempo y lugar verdaderamente desastrosas. «Si el Museo de la calle de Alcalá fue, por decirlo así, la larva, el primer estado del actual Museo, larva activa y vivaz, el Museo de Recoletos fue una ninfa con aspecto de cadáver...» (Cazurro).

Pese a todas las dificultades para la institución, el prestigio de Bolívar, tanto en el Museo como en la Universidad, se incrementó de manera incesante. Ya le resultaba insuficiente el territorio español peninsular y de sus archipiélagos de Baleares y Canarias, en donde había explorado la fauna de arácnidos, de crustáceos y, sobre todo, de insectos. Sus investigaciones se extendieron a Marruecos, Argelia, Guinea y, muy pronto, a todo el mundo. Los museos extranjeros y especialistas foráneos le envían materiales diversos para su estudio. Así es como surgen sus

monografías sobre faunas exóticas, de Turquía, Persia, India, Japón, países sudamericanos y otras regiones del globo. Varios son también sus viajes de estudio para conocer museos extranjeros, en especial los europeos, de Bélgica, Bohemia, Francia, Inglaterra.

La actividad de nuestro biografiado parece inagotable. Los poderes públicos se ven obligados a solicitar su concurso en todos aquellos asuntos que afecten a la enseñanza o investigación en ciencias naturales. Así fue cómo Bolívar fue también artífice de los planes de estudio de Ciencias Naturales que han llegado casi hasta nuestros días, con la separación de las ramas biológica y geológica (1953).

EL PERIODO ENTRE 1901 Y 1935

Hemos llegado a 1901. Después de varios directores anodinos, y con mandatos de corta duración, Ignacio Bolívar y Urrutia es nombrado director del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Es su época de máxima madurez y prestigio intelectuales, prolongada felizmente, gracias a su excelente salud, durante los treinta años siguientes.

Con nuevos colaboradores y ayudas estatales conseguidas de manera personal, incrementa la acción cultural del Museo y no la limita al ámbito madrileño, la extiende a toda España. Son discípulos y seguidores suyos todos los catedráticos de ciencias naturales de los institutos de enseñanza media (los llamados Institutos Generales y Técnicos). Uno de ellos, Eduardo Hernández-Pacheco, se incorpora al Museo desde el Instituto de Córdoba y pronto será el prestigioso geólogo y maestro que todos hemos admirado y querido. Su labor, unida a la de Obermaier y otros grandes investigadores, dará brillo notable a la paleontología y arqueología españolas.

En 1904, y por un período de cinco años, Bolívar es nombrado decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, la «Central»; pese a todo no decaen sus otras actividades, pero es notable la minuciosidad con la que trata todos los asuntos de la Facultad, como puede deducirse de la lectura de las Actas, que se han conservado y son, en verdad, curiosísimas.

En esa época, científicamente tan fructífera para las ciencias en España, sobre todo por lo que toca a las naturales, van a ser creadas instituciones importantes: Junta para Ampliación de Estudios (según un Real Decreto de 11 de enero de 1907), Asociación Española para el Progreso de las Ciencias (1908), laborato-

rios de Biología Marina de Porto Pi y luego de Palma de Mallorca; finalmente, el Instituto Español de Oceanografía (1917), promovido por uno de los discípulos de Bolívar, el profesor Odón de Buen. De la importancia de tales instituciones no es del caso hablar ahora, pero en todas la intervención de Bolívar fue de primer orden y, en ocasiones, decisiva.

El y sus colaboradores, en estrecho contacto con grandes personalidades de aquella época (Cajal, Carracido, Menéndez Pidal, Torres Quevedo), marcaron de manera crucial todo el renacimiento de la actividad científica española.

Asimismo fue muy importante para el Museo su nuevo traslado («museo itinerante» le llamó Cajal), esta vez (1910) al edificio que ocupará desde entonces y que, por desgracia, tuvo que compartir muy pronto con la Escuela de Ingenieros Industriales, con lo cual ninguno de los dos centros ha logrado la expansión que requerían para su completo desarrollo. Pese a ello ese traslado marcó para el Museo una etapa de esplendor. Su Biblioteca, riquísima, unida a la de la Real Sociedad Española de Historia Natural, hermanadas durante muchos años, hacían para el estudioso algo de imprescindible consulta aquellos fondos editoriales, de valor incalculable. Desde luego nada tenemos en España que supere dichas bibliotecas por lo que respecta al conocimiento de la bibliografía geológica y zoológica en los años 1870-1935.

Las colecciones del Museo, cumplidos los fines primordiales de su conservación y estudio, fueron alcanzando la mayor importancia. Ya a fines del siglo XIX, con Vilanova y Quiroga, se habían desarrollado mucho las de geología. A comienzos del XX la actividad de Calderón (prematuramente fallecido, por desgracia, en 1911), la de Hernández-Pacheco y otros hizo que las colecciones de minerales, rocas y fósiles fueran dignas de cualquier gran museo europeo.

Lo mismo puede decirse de las colecciones zoológicas. Entre ellas las de malacología; iniciadas por Lucas Tornos, se enriquecieron con las de Paz y Membiela, procedentes de la llamada «expedición al Pacífico». Con la actividad de Joaquín González Hidalgo y con las recibidas del Mar Rojo, esas colecciones malacológicas alcanzaron una importancia extraordinaria. A sus fondos se han añadido posteriormente las aportaciones de Azpeitia y las de otros malacólogos. Las de ictiología se desarrollaron, a partir de 1915, gracias al gran especialista Luis Lozano. Hacia los años veinte, Angel Cabrera desarrollaría su gran labor de mastozoólogo; más tarde y por muchos años (1930-1960) perteneció a la Comisión de Nomenclatura Zoológica.

Y, por supuesto, fueron las colecciones entomológicas las que se llevaban la palma, tanto en cantidad —cientos de miles de ejemplares— como en calidad, con los numerosísimos tipos de las especies descritas por Bolívar y sus seguidores.

Además de la reorganización del Museo, a partir de su definitiva ubicación en el edificio que hoy ocupa, se propone y consigue Bolívar independizarlo, finalidad largamente soñada. Por una parte, el Museo se separa de la Facultad de Ciencias, cosa, de hecho, no completamente lograda, por cuanto varios catedráticos de zoología y geología eran directores natos de sendas secciones del Museo, y así ha seguido siendo hasta época reciente. Por otra parte, Museo, Jardín Botánico y Museo Antropológico devienen centros independientes, aunque con estatutos y reglamento (los últimos, aplicados sólo en contadas ocasiones, datan de los años treinta) que son comunes, como rastro de su antigua unidad.

Impulsó igualmente Bolívar la creación de una sección de ciencias naturales en la Universidad de Barcelona, de la que son continuadoras las actuales Facultades de Biología y Geología en esa Universidad. Los primeros catedráticos en dicha sección son: el antropólogo T. Aranzadi, el botánico A. Caballero, el histólogo E. Fernández-Galiano, el geólogo M. San Miguel. (Estos tres últimos fueron más tarde catedráticos de la Universidad de Madrid y he tenido la suerte de ser alumno suyo; los recuerdo, entre varios más, como mis maestros.) A los mencionados se unirían pronto algunos otros, como Odón de Buen, que, a partir de los laboratorios de Porto Pi, Palma de Mallorca y la Estación de Biología Marina de Santander, promoverá la creación del Instituto Español de Oceanografía (1914) y fomentará las relaciones con el Instituto Oceanográfico de Mónaco y con la Estación de Biología Marina de Banyuls.

Es evidente que los naturalistas españoles ni son simples aficionados entusiastas (como la imagen popular los piensa) ni viven aislados de sus colegas europeos. Han entrado en ese «mercado común científico» mucho antes de que se hablara del actual, económico. Poco tiene de solitario tampoco en ese sentido Ignacio Bolívar, cuya fama en esas fechas se ha internacionalizado, pues incluso le consultan los miembros de la Comisión Internacional de Nomenclatura Zoológica, por señalar sólo ese caso como paradigmático, pero en absoluto excepcional en la vida científica del gran entomólogo.

Va a llegar también un honor, del que había sido objeto muchos años antes, pero que él había dejado en suspenso. Hablo de su nombramiento como académico numerario de la de Cien-

cias. Leerá su discurso de ingreso en 1915, después de una larga maduración de 17 años. Pasarán otros muchos hasta su elección como numerario de la Real Academia Española, cuyo discurso de recepción leyó en 1931. Y, por supuesto, es miembro de varias corporaciones extranjeras, desde su nombramiento de Socio de Honor de la Sociedad Entomológica de Bélgica, en la ya lejana fecha de 1893. Luego pertenecería honoríficamente a otras muchas corporaciones científicas de Argentina, Bohemia, Francia, Inglaterra, Portugal.

Dice su biógrafo Cazorro, en párrafos que merecen transcripción literal: «Después de cuarenta y tres años de catedrático, exigencias crueles de la ley le imponen ahora la jubilación *al cumplir los setenta de edad* (el subrayado anterior es mío), cuando aún está en condiciones físicas e intelectuales de prestar grandes servicios».

«Hasta hace pocos años no se jubilaba a nadie, sirviera o estuviese inútil; hoy, por el contrario, se jubila a todos, sirvan o no, y, por el egoísmo de los que quieren subir y todavía no han demostrado sus capacidades, pierde el profesorado prestigios eminentes, que aún serían de indiscutible provecho».

Aparte las vanaglorias de honores y nombramientos, más la multitudinaria glorificación jubilar que es motivo de la publicación de Cazorro, están sus esfuerzos como impulsor de los estudios de ciencias naturales y el haber sabido congrega a los entomólogos del mundo entero en el Congreso Internacional de Entomología (1935) que se celebró en Madrid, y del que fue nombrado presidente honorario. Tenía ya Bolívar 85 años, pero aún seguía influyendo en todos cuantos asuntos se relacionaban con la investigación y las enseñanzas naturalísticas. De modo muy especial en los del Museo. *Su Museo*. Y en los de la Real Sociedad Española de Historia Natural, como Presidente de Honor que era de ella desde 1920. Luego la guerra, nuestra guerra. Y el exilio.

A su muerte, casi ni la noticia o muy escasas referencias. Sólo con el 75 aniversario de la Real Sociedad Española de Historia Natural, un homenaje explosivo y espontáneo. *Sic transit...*

CONSIDERACIONES FINALES

Nuestro desventurado siglo XIX —jalonado de guerras externas e internas, desmembramiento del imperio de ultramar, con su desaparición total al finalizar la centuria, períodos de desavenencias políticas y desastres económicos— nos alejó de Europa, nos

empobreció y, en buena medida, mantuvo a los intelectuales, a los universitarios y, sobre todo, a los hombres de ciencia aislados, no tanto de sus colegas extranjeros cuanto, sobre todo, del entorno social. Mientras, en Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, las ciencias naturales alcanzaban un florecimiento que daría sus frutos en la química, la física, la geología y la biología modernas, cuyos cultivadores estaban altamente considerados por sus pueblos. Pensemos en un Pasteur, un Liebig, un Koch, un Darwin —ciertamente cimas de la ciencia universal—, pero ¿vivieron aislados, no tuvieron un fuerte y denso apoyo del público, de la prensa?

En España, de hecho, sólo un círculo reducido de personas se interesaban, v.gr., por Milá y Fontanals, por Ramón y Cajal (antes del Premio Nobel), por tantas otras figuras que, entre los franceses, por ejemplo, hubieran sido muy pronto mitificadas como «glorias nacionales». En el concreto campo zoológico, la historia del Museo Nacional de Ciencias Naturales es todo un ejemplo, según hemos visto, de ese proceso penelopeo de construir, para destruir al día siguiente, sin que su estructura administrativa haya permitido una continuidad fructífera. El libro de Barreiro pone de relieve los lamentables detalles de la historia de «tristes destinos», en casi siglo y medio, de esa institución.

Tampoco resulta optimista el fin de la aventura en la famosa «expedición del Pacífico», que relató, primero, uno de sus ilustres protagonistas, Jiménez de la Espada, en «diario» interesantísimo, que casi pasó desapercibido, y recientemente ha resucitado, en un libro muy bello, del norteamericano Miller —*For Science and National Glory*—. Todo un retrato de nuestra sociedad civil y política. Del libro de Miller hay una traducción española, muy cuidada, que se publicó en Ediciones El Serbal.

Bolívar consiguió, en su primera etapa de juventud y madurez, hasta fin de siglo, que los estudios zoológicos alcanzaran cierta relevancia. El traslado del Museo, desde su ubicación original hasta el actual emplazamiento, fue un duro golpe que provocó graves trastornos. Un nuevo resurgimiento, entre 1905 y 1935. La serie de publicaciones que tienen como título general *Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales*, más los numerosos volúmenes del Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural y las valiosas series de *Memorias y Reseñas Científicas* o la media docena de tomos de la *Sociedad Española de Biología*, todas ellas publicaciones editadas bajo el patrocinio de los naturalistas del Museo, muestran a las claras el ímpetu de aquellos años. Ahí están también los volúmenes de la prestigiosa

revista *EOS*. Consúltense las referencias de esas obras recogidas en revistas extranjeras de primera fila. Confróntense en las Actas correspondientes el número de intercambios que nuestras instituciones mantenían con las foráneas y evalúese lo que todo ello representa en prestigio e importe económico.

Hubo, pues, notoriamente, un florecimiento de los estudios zoológicos españoles (y de las ciencias naturales todas) que llevó, directa o indirectamente, una impronta, la de Bolívar. Esa fue marca muy personal, quizás demasiado, y todos los naturalistas españoles quedaron vinculados a su figura. Basta leer los párrafos que tanto E. Hernández-Pacheco como Ismael del Pan dedicaron a Bolívar en el 75 aniversario de la Sociedad.

Algo ocurre, evidentemente, entre 1940 y 1975; algo ocurre también entre 1975 y 1985. Bolívar, en un exilio político impuesto, ha muerto (1944); poco antes han aparecido los trabajos del Congreso de Entomología que él presidiera, casi o sin casi referencias a quien fue su presidente (!).

Se ha creado el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, a modo de continuación y extensión de la antigua Junta para Ampliación de Estudios. Del Museo se escinde un Instituto Español de Entomología, único de entre los muchos del C.S.I.C. que no lleva nombre epónimo. Sólo podía llevar uno, el de Ignacio Bolívar y Urrutia.

Creo que algunos han hablado, ante detalles semejantes de nuestra historia reciente, de falta de generosidad; me parece que cabe una calificación más dura y exacta: la de mezquindad. Bolívar era un destacado republicano, figuró entre los grandes personajes de la Segunda República; su hijo Cándido ocupó un cargo político importante durante la guerra civil. Con ello terminó por arrastrar a su padre y a muchos colegas naturalistas que le siguieron. Así quedó un instituto entomológico español sin apellido paterno. Grave será el que continúe la historia, la de nuestra patria, llena de esas minucias rastreras.

¿El nombre no hace a la cosa? Eso, en parte, podría ser cierto. Mas la ruptura entre Museo y Entomológico, sin encontrar una fórmula de patronato que fuese adecuada o efectiva, funcional, para que resonase su eco ante la sociedad indiferente, afectó a muchos de sus aspectos científicos y de proyección al público. Todo ello repercutió sobre su pleno desenvolvimiento y progreso.

Después, un lento y dificultoso desarrollo, con nuevas generaciones, que ni saben ni quieren saber de la tragedia, en la que no intervinieron para nada, de la que en absoluto se sienten partícipes ni culpables, aunque siga en parte gravitando sobre ellas. Se difumi-

na la sombra del Bolívar político (o politizado), para dar brillo y contraste a los aspectos, que eran en verdad lo importante, de su perfil científico. Volvió a resurgir una esperanza con renovados estudios zoológicos, se crean nuevos centros y revistas (*Investigaciones Pesqueras, Estudios Zoológicos*). El crecimiento de la Universidad española marca el exponencial que han sufrido los estudios de ciencias naturales, escindidos ya desde hace muchos años (1953) en las licenciaturas de Biología y Geología, con buen número de facultades universitarias.

Paradójicamente, en el período 1975-1985, que podría haber sido una rehabilitación científica de Bolívar y un necesario empuje para la zoología española, se proyectan otras sombras. Fusión nuevamente del Museo e Instituto Entomológico, pero ya hay daños irreparables en la continuidad de las bibliotecas, en el mantenimiento de las colecciones, en el desinterés por todo estudio que no encuentre una aplicación inmediata. No hay más medida que el rendimiento peseta/hora o cualquier otro módulo de tipo económico. La llamada política científica es predio de otros científicos y de otros políticos. Pero eso es ya actualidad y, por tanto, se sale de la historia. Decidida y tajantemente, la zoología científica (la «*wissenschaftliche Zoologie*» de los germanos) ni tiene buena prensa ni goza en el país del favor de los poderes públicos. Hay que limitarse a una zoología de inmediata aplicación práctica (la «*angewandte Zoologie*»).

Queda un reducto en las universidades, con esfuerzos beneméritos, pero aislados. Allí, quizás, puedan mantenerse esos estudios minuciosos que se requieren para el conocimiento de la fauna de un país. Por fortuna, la nuestra interesa cada vez más a los zoólogos europeos, que encuentran en nuestros suelos y costas un buen espacio para sus exploraciones. ¿Se abrirán otra vez esas esperanzas bajo la dirección de las actuales autoridades del Museo y el impulso de los jóvenes científicos que hoy trabajan en él?

Un siglo y pico después del inicial impulso de Bolívar (1871) y de sus coetáneos, su obra y la de sus continuadores ha hecho que las ciencias naturales en España no sigan en el estado de incuria y abandono que debieron sufrir a lo largo de los dos primeros tercios del siglo XIX.

La historia de un hombre es también la de su tiempo y la de la sociedad que le toque vivir. Nuestro protagonista no podía ser una excepción. Si esa vida es dilatada y fecunda, su proyección temporal alcanzará, quíerese o no, a varias generaciones, incluso después de la muerte.